



HIPPIES

EL PROLETARIADO DE FREUD



Entre las influencias de la secta Zen y los efectos de la marihuana y, el LSD, acompañados de los sonos de unas flautas y de algunos bongos, los «hippies» viven su ideal de amor. Buda es, con otros personajes históricos, su héroe mítico. Sobre estas líneas, Timothy Leary, fundador del movimiento, en una «exhibición hippie».

NUEVA York. El parque de Tompkins Square, en el Lower East Side, de Manhattan, ha sido en las últimas semanas el más agitado de la ciudad. El rítmico-batir de los tambores comenzaba cada tarde en cuanto el sol se ponía detrás de las primeras míticas chimeneas de Nueva Jersey. Luego, bajo los árboles, se levantaba un canto en voz


Por CORRADO AUGIAS

baja; no era ni siquiera un verdadero canto, sino sólo un mugido triste y monótono, un lamento quizá o una invocación. Así proseguía hasta el amanecer, entre el creciente nerviosismo de los antiguos habitantes del barrio, que son negros, ucranianos

italianos, instalados desde hace mucho tiempo, y puertorriqueños, apenas desembarcados en Nueva York, los mismos de los que Oscar Lewis habla en sus libros.

El tramo inferior de Manhattan, a orillas del East River, es una de las

zonas más degradadas y menos caras de la ciudad; ésta es la razón de que la numerosa colonia «hippie», instalada en Nueva York, la haya elegido como base. La tensión crecía en el barrio noche tras noche. «Hippies» y no «hippies» se encontraban todos juntos en las mismas calles, expulsados por el calor de sus cuchitriles desprovistos de aire acondicionado. Los negros, **SIGUE**



Abajo, Timothy Leary junto a Ginsberg en una conferencia sobre el LSD en el Greenwich Theatre. El profesor Leary dijo: «El hombre de hoy en día tiene necesidad de una riqueza interior, de evasión, de felicidad». El LSD permite, según el profesor, descubrir este mundo interior más allá del materialismo económico. Leary vestía un pijama de seda blanca y, naturalmente, llevaba desnudos los pies.

HIPPIES

descompuestos, caminaban balanceando las cabezas; los italianos, en chancletas, vociferaban en sus oscuros dialectos; los «hippies» mugían a boca cerrada, siguiendo lejanos ritmos de Oriente. Cuando estallaron los incidentes nadie se sorprendió, y menos que nadie la policía, que tenía ya dispuestos coches celulares y vehículos lanzadores de agua en las callejuelas laterales. La prensa publicó en los días sucesivos fotos de barbaridades excepcionales, incluso en este duro país. En una, cinco policías armados con bastones se ensañaban con un «hippie» macilento, que llevaba un tambor en una mano y una flor en la otra. Verdadera imagen de una impaciencia que no es sólo de la policía.

En busca de los orígenes de estos «hippies», hoy tan odiados, los observadores más atentos los han identificado en personajes conocidísimos de la literatura norteamericana moderna: Huck Finn, que huye de su casa para buscar en el río la libertad y una cifra personal de aventura; el teniente Henry, de «Adiós a las Armas», que persigue disertando su propia felicidad. Hace años, cuando este tipo humano nuevo comenzaba apenas a delinearse con una fisonomía aún confusa, el escritor «beat» David McReynolds escribía: «Los liberales y los radicales que recuerdan con nostalgia los movimientos políticos de su juventud, se quedan perplejos ante los estudiantes de la nueva generación. Les asusta descubrir que la mayor parte de los jóvenes parece preocupada sólo de su propia seguridad: ¿qué importa si hay todavía en la tierra hambrientos, enfermos y oprimidos?».

Una vez más, como ya sucedió con el «beat», el jazz ha prestado a la nueva compañía los flexibles recursos de su vocabulario: «hip», adjetivo; «hipster», sustantivo; «hippies», diminutivo sustantivo plural.

el proletariado de freud

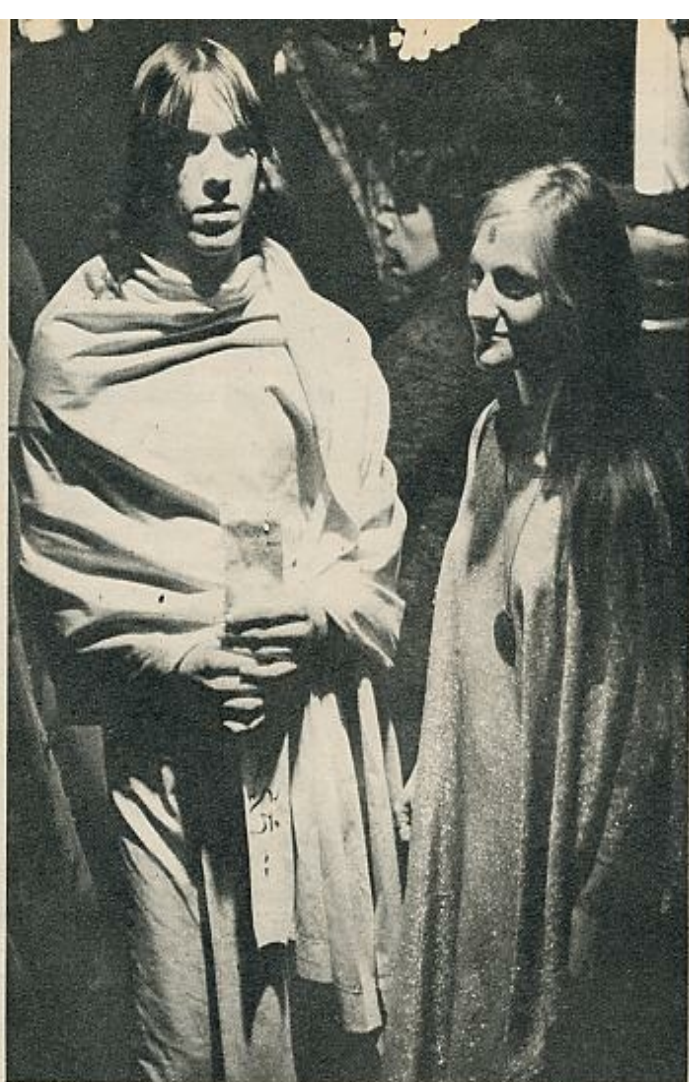
La palabra de «hep», que luego se convirtió en «hip», fue acuñada en los tiempos de los Jitterburg, para significar «estar dentro», «comprender», «sentir» algo. En un primer momento fue lo opuesto de «square» que, al pie de la letra, significa «cuadrado». Un businessman de Manhattan, con una casita en Nueva Jersey, esposa, dos hijos, al menos cuatro frustraciones, diploma al mérito en el cuerpo de la Infantería de Marina, cópulas conyugales rigurosamente contenidas durante los fines de semana, es el «square» típico, tal como sale, bien afeitado y recién desodorado, de los manuales de sociología. Fue un periodista del «Daily News» quien, en 1965, recogiendo la vieja expresión del jazz, rebautizó con

la palabra «hippies» a los jóvenes que querían ser el exacto negativo de esta imagen de tenebrosa eficacia. Aunque no han pasado aún dos años, los «hippies» han cambiado por completo el aspecto de todo un barrio de San Francisco, Hashbury Haight, y se han establecido en todas las ciudades de los Estados Unidos. La fría Seattle, la industriosa Detroit, la perezosa Nueva Orleans, Austin, en el fondo de Texas, tanto como Nueva York, albergan todas, por lo menos, una comunidad «hippie», con un estable, aunque fluctuante, núcleo de residentes.

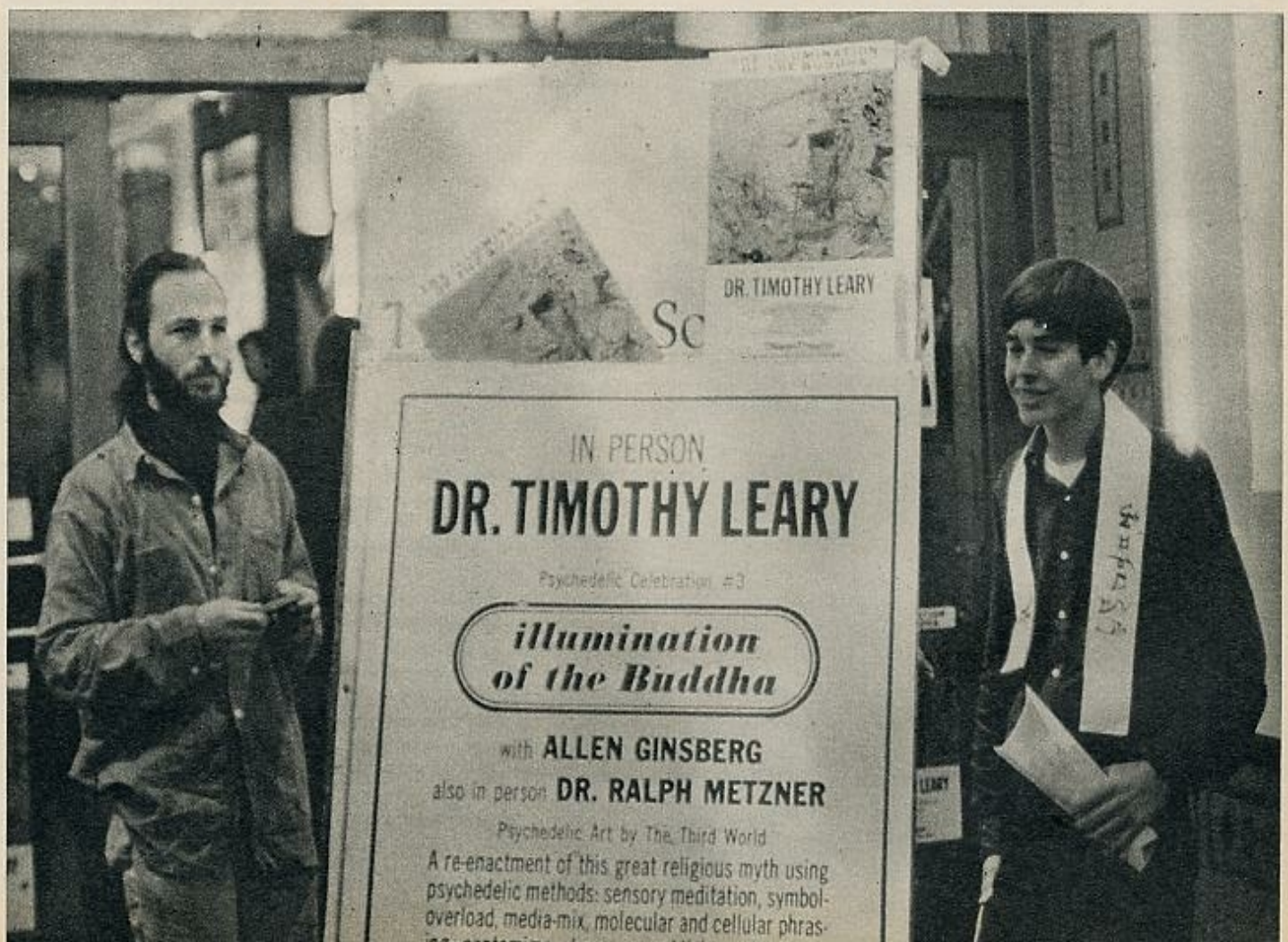
Pero todavía más importante que los cambios físicos causados por la presencia de los «hippies» en la ciudad, es la creciente atracción psicológica que ejercen los «hippies», y la cantidad de análisis y definiciones a todos los niveles que su actitud solicita. En una sociedad tan pronta al autoanálisis (aunque luego no parece cambiar nada por efecto del análisis), como la norteamericana, un fenómeno de alcance tan aparente debía llegar con rapidez a los laboratorios universitarios. Y así ha sucedido.

Algunos sociólogos han definido a los «hippies» como el «proletariado de Freud»; otros, como «exiliados residentes en nuestros confines, pero por debajo de nuestra sociedad»; otros los han circunscrito como grupo: «blancos, clase media, instrucción al nivel de la segunda enseñanza, edad predominante entre los diecisiete y los veinticinco». El historiador Arnold Toynbee ha escrito que constituyen «la lámpara roja de alarma de la "american way of life"». El obispo de California, James Pike, ha sido uno de los más amables. Ha dicho que «recuerdan a los primeros cristianos».

Pero esto no basta. Para comprender mejor había que atravesar la bahía de San Francisco y, desde Hashbury, dirigirse hacia la universidad de Berkeley, que se alza casi en frente. Hace dos años, este centro era uno de los bastiones de la «nueva izquierda», que dio a la América liberal y progresista un sentido nuevo de orgullo y esperanza después de los años tenebrosos de las cazas de brujas. Los líderes de Berkeley tenían dos cualidades: la honradez ideológica y la fe profunda en que la sociedad podía ser transformada mediante el ejercicio de la acción. Pero después de la elección de Ronald Reagan (definida por un difundido botón como «lésbica») para el cargo de gobernador **SIGUE**



Los «hippies» han desertado también de las preocupaciones políticas que antes formaban parte de su credo. Ninguna opción política seduce a los discípulos de Timothy Leary, embarcados en la felicidad de sus largos viajes de LSD o STP, que, a veces, eligen para vivir pequeñas granjas colectivas, comunidades totalmente «hippies».



HIPPIES

del Estado, todo empezó a cambiar. Clark Kerr fue de pronto eliminado. Los conservadores ganaron cincuenta nuevos puestos en el Congreso, dando un apoyo inesperado a la actitud política del presidente, precisamente en una de las zonas más candentes y difíciles. Naufragaron muchas ilusiones, entre ellas la mantenida por la nueva izquierda de poder competir con el sistema, tan sólo con sus propios medios. Entre las muchas hipótesis sobre el nacimiento de los «hippies» como fenómeno de masa, ésta, histórica, se sitúa entre las más difundidas y acreditadas. Luego están las demás: místicas, metafísicas, pornográficas o simplemente psiquedélicas.

Es cierto que en el invierno de 1966-67, es decir, después de aquellos acontecimientos, Haight Hashbury cambió de aspecto. Durante años había sido uno de los «ghettos» de la ciudad, refugio de negros pobres y blancos borrachos, donde las muchachas solas eran acuchilladas con toda tranquilidad, después de la puesta del sol. Luego, con las primeras instalaciones de «hippies» se convirtió en una especie de arcadia, apenas un poco bohemia. Hoy es completamente distinto, y las estadísticas oficiales del ayuntamiento de San Francisco la describen como un infierno: hepatitis, tífus, subalimentación, sextuplicación de los casos de enfermedades venéreas con respecto al censo de 1964, una densidad media de casi treinta personas por vivienda. Pero, cuando se visita este barrio, su consigna y la razón de su vida parece ser una sola: «Love», amor.

hierbas y ácidos

«Love» en los manifiestos fijados en las paredes, «love» en las canciones, «love» escrito en rojo y verde en las chaquetas, en las piernas, en las frentes de los habitantes. Los «loversburgers» (veinticinco centavos cada uno), sustituyen a los «hamburges» en los restaurantes. «Love-parties» reciben a todo el que quiera a partir de la puesta del sol.

Este amor tiene sus manifestaciones tradicionales y esotéricas. Se puede amar a la vieja y apreciada manera o, bien, transformando en margaritas multicolores el pecho de la compañera. Se puede amar a puerta cerrada o, con un mínimo de destreza, en un banco del parque, o en el taburete del bar. Se puede amar en grupo o en contemplativa y no ya despreciada soledad.

Este inagotado pilón de amor, esta florida explosión de filantropía universal, tiene dos fuentes: la hierba («grass»), es decir, la marihuana, y el «ácido», o sea el LSD. Nada de música de jazz; nada de libros. Los pre-textos culturales que justifican a los «beatniks» han sido abolidos como señal de haberse llegado a la madu-

rez y a la autosuficiencia. Apenas unas flautas, algunos tambores o bongós aquí y allá. ¿Para qué servirían instrumentos más complicados si una buena dosis de «ácido» cuesta sólo cinco dólares y basta «para escuchar la sinfonía universal»?

Cualquiera a quien se encuentra en las calles de Hashbury es un «head» (cabeza), es decir, un consumidor de «hierba», de «ácido» o de ambas cosas a la vez. El típico olor dulzón de la marihuana está tan difundido que se puede advertir incluso al aire libre. Si se rechaza una bocanada se representa un pésimo papel y se corre el peligro de que le confundan a uno con un agente de paisano del Narcotik Bureau.



Las leyes de California son severas en cuestión de estupefacientes: un mínimo de dos años por la segunda infracción y de cinco por la tercera. Pero el director del Hospital Central de San Francisco ha emitido la hipótesis de que hay un cien por cien de infractores diarios en el distrito de Hashbury. La estimación ha sido considerada absurda por los mismos «hippies», los cuales saben que, con el «ácido» se puede intentar como máximo un experimento por semana. La diferencia, dicen, es la misma que entre una caña de cerveza y un vaso de alcohol puro.

al dinero no puede renunciarse

Después de pasar unas horas en Hashbury uno no puede menos de preguntarse de dónde viene el di-

nero (lo llaman «bread», pan) para comprar pan o las bellísimas sandalias indias a 20 dólares, o la camisa hecha con la bandera norteamericana a 35, o el traje completo para los más vanidosos a 67,50. Hay varios modos de procurárselo: repartir correspondencia urgente por cuenta de la administración postal, lavar los escaparates de las tiendas del centro o ir incluso a aprovisionarse de marihuana a Nebraska o Méjico, donde la «hierba» crece espontánea y alegremente. Lo importante es que sean trabajos esporádicos o de poco empeño. En una sociedad fundada exclusivamente en el dinero, evidentemente no se puede renunciar del todo al dinero; pero es perfectamente

nicero para que le cediera los trozos no utilizados de sus filetes. El carnicero se negó. Emmett volvió al día siguiente para escribir en el escaparate del carnicero: «Cerdo, fascista y bellaco». Apenas había terminado, cuando el otro salió y le mató con una hacha de partir carne.

Un tribalismo más acentuado todavía que el de los «diggers» es predicado por el poeta-guru Dary Snyder: «back to the land», retorno a la tierra. Snyder está terminando de reunir un grupo dispuesto a abandonar Hashbury para dirigirse a las montañas vecinas. La comunidad se llamará Mahalila, y tendrá todo verdaderamente en común: alimento, sexo y droga. «El sentido de este éxodo —afirma Snyder— es crear una unidad básica más grande que la familia monógama, y en la que, por tanto, sea mayor la posibilidad de compartir todo con todos.

una vivienda para doscientos

En espera de la emigración, Snyder vive con doscientos secuaces en una vivienda de Hashbury: aglomeración casi normal, si se piensa que hasta en las calles es prácticamente imposible circular, no sólo en automóvil, sino también a pie, por lo menos durante los fines de semana. Desde hace tiempo el municipio ha abolido o desviado las líneas de autobuses que atraviesan el distrito: Una vez intentó penetrar el «Pullman» de una agencia con turistas llenos de curiosidad y cámaras fotográficas. Se encontraron delante de una barrera de espejos, y lo único que pudieron llevarse fueron las caras de desilusión asomadas a las ventanillas.

En la calificación de «hippies», tal como ha sido empleado hasta ahora por la prensa «square» no falta un matiz despectivo. De hecho, los «hippies» prefieren llamarse «flowers people», o mejor «flowers children», niños floridos. En esta delicada apelación y en las consecuencias que de ella se derivan, encontramos casi las únicas cosas que los unen entre sí. En todo lo demás, cada uno se regula como quiere y como puede: hay «hippies» urbanos y marinos, «hippies» indios y neopolinésicos, «hippies» del desierto y de los ríos, musicales, poéticos y «luz y sonido». Northropp Frye, de la Universidad de Toronto, los describe como herederos del utópico ideal social del siglo XIV, conocido bajo el nombre de «tierra de cockaigne», un territorio donde todos los deseos podían ser, al momento, satisfechos. SIGUE

posible considerarlo como la causa de todos los males posibles. En California, el clima es tan benigno como en Sicilia, y es posible vestirse únicamente con una toalla vieja ceñida a la cintura. En cuanto al alimento, en ello piensan los «diggers» (literalmente excavadores), llamados también «worker priests» o sacerdotes obreros.

Los «diggers» son un grupo dentro del grupo, una minúscula comunidad de pragmáticos voluntarios. Pasan por el tamiz a todo San Francisco en busca de dinero para ofrecer a los «hippies» indigentes al menos una comida al día, y a todos martillos, sierras y palas gratis para efectuar los trabajillos domésticos. Para obtener alimento o dinero se emplean sistemas más diversos. Un «digger» de veintitrés años, Emmett Grogan, intentó un día convencer a un car-



De cuando en cuando, en Nueva York, en algún local de Greenwich Village, los «hippies» organizan reuniones que tienen cierto carácter de «happening». Las representaciones teatrales se alían con conferencias, ventas de libros y propaganda de la no violencia, las drogas y el quietismo. Dos aspectos de una reunión de estos jóvenes.



En realidad, un utopismo embriagador invade la filosofía de los «hippies», tan sencillamente elaborada. Su fundamento es una negativa peyorativa y total de cualquier forma de consumo industrial.

HIPPIES

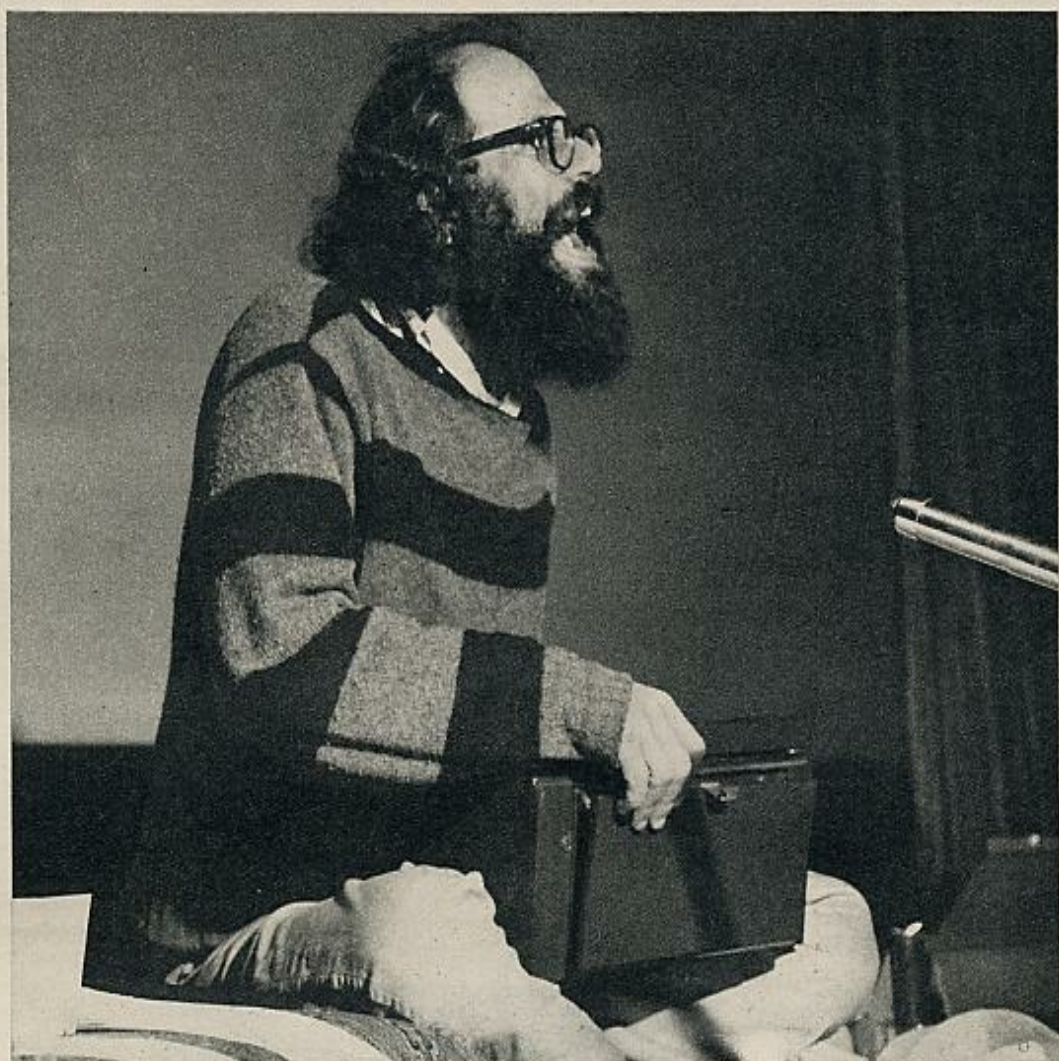
el culto al LSD

Sus héroes míticos son Buda, expulsado de una familia real; Cristo, pobre, y San Francisco, que rechazó la riqueza. En suma, amor y pobreza en un país donde el odio ha acompañado frecuentemente a la riqueza, o viceversa. El credo de los «hippies» ha sido resumido por Joyce Francisco, de veintitrés años, redactor-jefe del periódico «hippie» «The San Francisco Oracle», en una entrevista concedida hace algunos meses a un periodista de la costa oriental: «Vivo al día. No tengo dinero. Amo al mundo entero. Soy la madre divina, parte de Buda, parte de Dios, parte de todo».

Este credo elemental está bien sintetizado también por el famoso «slogan» de Timothy Leary: «Tune in, turn on, drop out», que podría traducirse malamente como «sintoniza, inflámate y escápate». Leary, sobre cuya cabeza pende una condena a treinta años, por transporte de marihuana desde Méjico, con la que le amenaza el Estado de Texas (y contra la que ha presentado apelación ante el tribunal federal) es, desde hace cuatro años, el patriarca de una comunidad «hippie», que ha establecido su cuartel general en una casa de campo, próxima al pacífico y conformista poblado de Millbrook, en el Estado de Nueva York, donde practica y teoriza sobre el culto del LSD. Desde septiembre pasado este culto ha sido declarado oficialmente nueva religión, bautizada con el nombre de Liga de Descubrimiento Espiritual.

cultivan, desnudos, la marihuana

Hasta hace un par de años, la mayor parte de los «hippies» estaba profundamente comprometida en la lucha política; hoy sus más acostumbradas declaraciones afirman que «la política forma parte de otro juego», o que el senador Robert Kennedy «es el menos malo de una pira de cerdos». Si no hay una verdadera posibilidad de cambiar o de progresar, sostienen, la supervivencia personal o de pequeños grupos se hace el único refugio, la única esperanza. Ya han surgido un cierto número de comunidades «hippies» de tipo agrícola, más sencillas que la que desearía construir el poeta Snyder. Entre Canadá y Méjico se cuentan ya una treintena. En Drop City, en Colorado, veintidós «hippies» viven en barracas formadas con techos de viejos automóviles.



Allen Ginsberg, poeta, es uno de los apóstoles del movimiento «hippie». Literariamente, su valor es innegable, a pesar de su prédica sobre la moral del escándalo y de la droga. Hace unas semanas fue expulsado del festival celebrado en Spoleto.

En Sebastopol, a una hora de automóvil desde San Francisco, una cincuenta de «hippies» han organizado una comunidad llamada «estrella matutina». Sus sistemas de cultivo son sencillísimos, y se les puede ver enteramente desnudos cuidar filas bien ordenadas de tomates, lechuga y marihuana, que maduran al sol delante de sus chozas.

Con la sola fuerza del ejemplo, algunos esperan todavía dar vida a una nueva sociedad. Pero en su mayoría se desentendieron de los destinos del mundo. Su actitud fundamental es anti-intelectual, expresa total desconfianza por las categorías de la lógica, y resentimiento abierto en lo que se refiere a todos los aspectos de la «american way of life», desde el consumo exagerado hasta la degeneración de las masas. Es más que sabido que sus drogas, al contrario de las clásicas, no crean hábito (y ésta

podría ser una de las razones por las que la masa no se ha interesado por el nuevo tráfico) y son estimulantes, amplían e intensifican la percepción de los sonidos, de los colores y de los estímulos físicos.

La búsqueda de nuevas drogas se dirige en este sentido. Después del LSD, que Timothy Leary define ya como una «antigualla», el último hallazgo es el STP, cuyo nombre es sólo una broma, un juego de palabras. En efecto, las iniciales se derivan esta vez de la sigla de un conocido aditivo para gasolina, y quieren decir «Scientifically Treated Petroleum», e inmediatamente se creó el «slogan» «hippie»: «hace que nuestro motor corra mejor».

Los efectos del STP son todavía más persistentes: un «viaje» de tres o cuatro días, contra las ocho a doce horas obtenidas con el LSD. Su descubridor es un químico buscado, por

esto, por la policía. Parece que se llama Augustus Owsley Stanley, pero de su nombre intermedio, aquel con el que se le designa usualmente, circulan versiones legendarias. Hay quien deletrea su nombre «Ozlid», cuya pronunciación es muy parecida a la de «Owsley», pero recuerda también en la desinencia la palabra «ácido».

La nueva droga es también conocida en broma como «el caviar de los psiquedélicos», pero, analizando sus efectos, un químico ha reconocido los mismos síntomas que da el gas «BZ» empleado en la «guerra sucia» para aturdir temporalmente a los del Vietcong. Cantando, los «hippies» se encaminan hacia las mismas pruebas que impone su ejercicio al enemigo.

C. A.

(Copyright 1967 by «L'Espresso».
Derechos para España Agencia
FIEL, en exclusiva para TRIUNFO.
(Fotos: PRENSALCOR).